

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

María de los Ángeles Escobar

“Aquí es, esto eres, ahora sí, quédate”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 73-74.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



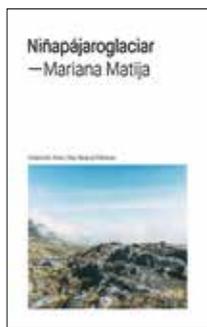
Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

ENTRE LIBROS

“Aquí es, esto eres, ahora sí, quédate”

María de los Ángeles Escobar



Mariana Matija, *Niñapájaroglaciar*, Bogotá, Rey Naranjo, 2023, 198 pp.

Fue un momento lleno de belleza que me recordó que hay más cosas en el mundo, además del ruido.

Cuando era niña, pasábamos las vacaciones con mi abuela. Su casa tenía un patio grande con árboles de litchi y mango que comíamos en la temporada. En el corredor, había macetas floreadas y gatos que se recostaban en las sillas. Me gustaba el calor, que mi abuela llamara a las gallinas con un “prrr, prrr, prrr” y recibir sus regaños por andar descalza. Era feliz ahí, cuidando de todos, y ellos cuidando de ella. Cada vez que terminaban las vacaciones, una parte de mí quería quedarse, y lloraba esperando que me dijera “quédate, hija”. Tras seis



Erick Ocaña: Tecolote bajoño (*Glaucidium brasilianum*)

meses de ausencia, volvimos a la casa, pero mi abuela ya no estaba en el corredor, ni en el patio, ni los árboles. Se llevó todo lo que amaba.

Sé que habría llorado más sin la compañía de este libro: *Niñapájaroglaciar* (2023). Mariana Matija llegó a mí como una bella casualidad, así como ella a la escritura: inició, por eso del 2015, con un blog sobre la naturaleza, la tierra y el amor; después continuó con el libro *10 pasos para alinear la cabeza y el corazón y salvar el planeta* (2019). *Niñapájaroglaciar* es su segunda publicación, a cargo de Rey Naranjo Editores, y su primer ensayo literario (dividido en 17 textos) que, a mi gusto, se venía gestando desde su infancia.

El título del libro, que parece más un juego de palabras, sugiere una identidad. La autora es la suma de sus seres amados y olvidados: es una niña, un corazón de pájaro, un glaciar. El estilo de escritura es libre. Se sueltan oraciones largas, cortas, repeticiones que generan imágenes y sonidos. Los ensayos, por momentos, tienen una prosa poética, pero es, sin duda, el uso de la memoria su sello distintivo.

Matija arma un collage de recuerdos. Leemos anécdotas de la niñez, la adolescencia y la edad adulta, donde los protagonistas son golondrinas, aves reina, pomarrosas, sus gatos y

perros, que son hermanos y hermanas, y sus amores humanos: Leo, su madre y su abuela. Entre los espacios están la casa de su infancia en Manizales y los países vividos (España, Chile, Islandia). Crea, con o sin intención, un “paisaje” habitado por sus seres amados.

Los ensayos cuestionan cómo, desde la infancia, la aparente civilidad del mundo expulsa la naturaleza de nuestros hogares. Matija [mal] aprendió en el colegio que sus gatos y perros no podían ser su familia, que los edificios de la ciudad eran los mejores lugares para vivir y que el asfalto era el camino hacia el progreso. Sin embargo, hay en ella (en su voz) una sensibilidad que niega la occidentalización de la naturaleza.

Como escribe Matija (en el décimo ensayo), los animales, las plantas, las piedras ni nosotros nacimos para estar en jaulas. “Cuando pasa mucho tiempo ahí, encerrado, el universo se aburre, deja de comer, deja de cantar, se arranca las plumas del desespero, se enferma y se muere” (109). Sin embargo, al crecer, hemos asumido que la vida consiste en atrapar lo que nos rodea, darle un nombre y encerrarlo en categorías que podamos controlar. El lenguaje, considerado una de las características más humanas, nos permite nombrar y clasifi-

car el mundo, pero también nos distancia de él. ¿Por qué?

Hemos nombrado lo que ya tenía nombre. Vemos, a lo largo del libro, la idea de la necesidad humana de modificar a la naturaleza a través de las palabras. El tilacino adoptó el nombre de “tigre de Tasmania” por la isla donde habitaba, antes Lutruwita, y llamada así por el explorador europeo que la avistó “por primera vez”. Dice Matija, hay palabras tan jóvenes que creen atravesar las cosas, y cuando lo hacen, “lo que sale del otro lado es una versión más pequeña, un poco torcida, menos luminosa” (110). Desde la historia, el lenguaje refuerza la idea de que somos diferentes; no entendemos más allá de nuestros códigos y, para entender las cosas, hay que dominarlos.

Por ejemplo, durante su ascenso a la montaña Poleka Kasué, ahora el nevado de Santa Isabel (cuarto ensayo), narra cómo el paisaje sí es una parte de ella: “Te vi todo el tiempo mientras crecía, no sé si me viste crecer o si sabes algo de mí, pero igual te amo” (32). Mientras camina, Matija ve restos de aves que murieron al impactarse contra el hielo (escapando del calor y entrando a alguna corriente de aire); también distingue manchas oscuras en el glaciar que indican el deshielo. “Lloré tanto que no podía diferenciar cuál era la humedad que sentía en la cara: lágrimas, mocos, llovizna. Lo que me gustó de eso fue saber que así el glaciar y yo volvimos a ser uno” (34).

Para la autora, nuestro lenguaje es similar al de otras especies pues compartimos las mismas motivaciones, queremos, sufrimos, perdemos: “Los glaciares son nuestros compañeros de duelo”, ellos están en espera de partir, enfermos en un

mundo que ya no escucha su grito. ¿Y a dónde irán? ¿Esperarán junto a los tilacinos y las abuelas? ¿Regresarán del lugar de donde vinieron? Quién sabe. Cuando algo desaparece queda un vacío, una laguna en nuestra historia. Hay fotos de los tilacinos, de los glaciares, de nuestros perros y gatos, de nuestras abuelas, pero “el agua, como la vida y las emociones, tiene la capacidad de hacer aparecer cosas y tiene la capacidad de borrarlas” (23).

A veces, el problema no son las lagunas, sino olvidar que alguna vez estuvieron ahí. *Niña-pájaroglaciar* es una invitación para ser habitados por la naturaleza, para ver el lenguaje como una manera de acercarnos. Dice Mónica Nepote en *Humanos y no humanos: Lenguajes emitidos, pensamientos escuchados*: “la mente animal se nos asemeja” y, por eso, estos ensayos donde los animales (y otras cosas y criaturas) son los protagonistas, permiten entender la complejidad de la vida y la pérdida. Hay animales que se extinguen, glaciares que se deshielan y abuelas que se van, como la de Mariana también.

Mi abuela ya no está en su casa, ni los árboles, ni los gatos en las sillas. Pero, como dice Mariana, hay un hogar, más allá del concreto, que llevamos a todos lados, un “huequito en medio de la barriga [que] es realmente el centro del mundo, el mapa del origen, del universo, una señal que me [nos] dice cuál es mi [nuestra] casa” (171). Mariana y yo llevamos una laguna indisoluble y, por fortuna, una marca que nos lo recuerda. **LPyH**

María de los Ángeles Escobar es estudiante de la licenciatura en Danza Contemporánea y egresada de la maestría en Literatura Mexicana (UV). Beneficiaria del PECDA (2024).

Persona al fin, esa utopía

Luis Mendoza Vega



Beatriz Pérez Pereda, *Persona no humana*, Monterrey, Conarte, 2022, 93 pp.

El fósil de la especie *Australopithecus afarensis*, un homínido descubierto en la década de 1970, llamó mi atención al enterarme sobre la elección de su nombre. Después de que Donald Johanson, paleoantropólogo estadounidense, encontrara el 40% de un esqueleto en la región de Afar, en Etiopía, con “Lucy in the Sky with Diamonds” de los Beatles como fondo, reconoció que el hallazgo correspondía a un ancestro de los primeros humanos y, además, a una mujer que vivió entre cuatro y tres millones de años atrás. Más tarde, alguien le sugirió: ¿Por qué no la llamas Lucy? “De repente”, menciona Johanson, “ella se convirtió en persona”.

“Pasar de ser un objeto a un sujeto”, escribe Beatriz Pérez Pereda (Villahermosa, Tabasco, 1983), “es la corona sorpresivamente puesta” (12) del *deber ser*. Nombrar(se) persona como fundamento de la existencia humana, de todo aquel sujeto